

CAPITULO XXXIII.

CONTINÚA LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

ME habia fatigado tanto el viage por el desierto, y mis piernas se hallaban tan mal en la difícil posicion en que las trage en mi dromedario, que no podia andar sino penosamente. Pasados algunos dias de descanso en el monasterio, no podia pensar sin horror que para llegar al Sinai, habia de subir por rocas escarpadas, que no presentan camino alguno. Con todo, me armé de valor, y resuelto á vencer los obstáculos, aunque fuera preciso trepar valiéndome de mis manos, el dia 1.º de Marzo al salir el alba, me puse en camino para el santo monte en compañía de un religioso, de un árabe y de mi genízaro.

Comienza la subida á unos cuatrocientos pasos del monasterio, la que es sumamente ruda y escarpada, y fatiga tanto mas, cuanto que no se compone, por decirlo así, mas que de trozos de capas porfiríticas, y de fragmentos de peñascos agudos. Teniamos ademas que luchar contra montones de hielo, y en algunos lugares, la nieve llegaba á tal altura, que nos costaba trabajo abrirnos paso por ella. Al cabo de una hora ya no podia yo mas. A pesar del rigor del tiempo, á pesar de un viento muy frio que soplabá, sudaba á mares, de modo que no hallé mejor partido que recurrir á la nieve para refrescarme y consolarme. No me acuerdo haber sentido otra vez semejante lasitud, pero los recuerdos y los pensamientos de mi fé venian á mi socorro, y no me dejaron detenerme á pesar de mi postracion, de modo que mis esfuerzos crecian en razon de los obstáculos.

Todo en derredor nos presentaba un aspecto triste y sombrío: todo era solitario y silencioso: ningun vestigio de verdura en los peñascos de granito que se levantaban sobre los hielos y nieves de que estábamos rodeados. A medio camino encontramos una capilla dedicada al profeta Elías, en la que está la gruta donde paró despues de andar cuarenta dias y cuarenta noches hasta el Oreb.

„Habiendo llegado allí, dice la Escritura, hizo asiento en una cueva, y dirigiéndole el Señor la palabra, le dijo: ¿qué haces ahí, Elías?

„A lo que respondió él: Me abraso de celo por tí,

¡oh Señor Dios de los ejércitos! porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han destruido tus altares, han pasado á cuchillo tus profetas: he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la vida.

„Dijole el Señor: sal fuera, y ponte sobre el monte en presencia del Señor; y he aquí que pasará el Señor, y delante de él correrá un viento fuerte é impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas: no está el Señor en el viento. Despues del viento vendrá un temblor de tierra: tampoco está el Señor en el terremoto.

„Tras el terremoto un fuego: no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego el soplo de un aura *apacible* y suave.

„Habiendo oido esto Elías, cubrió su rostro con el manto, y saliendo fuera, paróse á la puerta de la cueva, y de repente oye una voz que le dice: ¿qué haces aquí, Elías?

„Abrasarme de celo, respondió él, por el Señor Dios de los ejércitos: porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han derribado tus altares, y pasado á cuchillo á tus profetas: he quedado solamente yo, y me buscan para quitarme la vida.”

Yo no sé si les ha sucedido á alguno de estos sabios que tienen la desgracia de despreciar la gran ciencia de la salvacion, y de preferirle los vanos conocimientos que solo sirven algunos instantes en el curso rápido de la vida, yo no sé, digo, si les ha acontecido subir á la montaña sagrada de Oreb, visitar la ca-

verna de Elías con la Biblia en la mano, y leer las palabras que acabo de copiar, y confrontarlas con el estado actual de estos lugares, con estos montes entreabiertos, con estas rocas hendidas, quebradas y volcadas; pero si tal cosa les ha sucedido, por poca que sea la buena fé y rectitud que haya dejado en sus almas la indiferencia ó la incredulidad, dudo que á esta lectura y á esa confrontacion, hayan podido negarse á rendir homenaje á la verdad, diciendo: „Sí, el Señor ha pasado por aquí, y un viento impetuoso y violento ha volteado las montañas y quebrantado las rocas delante del Señor; „y despues del viento un temblor de tierra, y despues del temblor, el fuego.”

Al pasmo que produjo en mí tan grande espectáculo, sucedió una dulce sorpresa. Delante de la capilla del profeta, en medio de peñas secas y estériles vimos un magnífico cipres que levantaba magestuosamente su copa, cuando ménos á la altura de cuarenta piés. Como estaba yo muy fatigado, me puse á descansar un rato bajo su follage.

Desde la caverna de Elías seguimos penosamente nuestro camino al traves de la nieve, molestados incesantemente por el viento del Norte que soplaba con violencia. En fin, la cumbre augusta que se nos presentaba á la vista, reanimó mi valor, y parecia que me daba nueva fuerza. Al cabo de una hora quedaron satisfechos todos mis deseos, y en los trasportes de una alegría que me quitaba la pena de mis largas fatigas,

se olvidó mi alma del mundo entero, y gustó las delicias de estos dulces pensamientos.

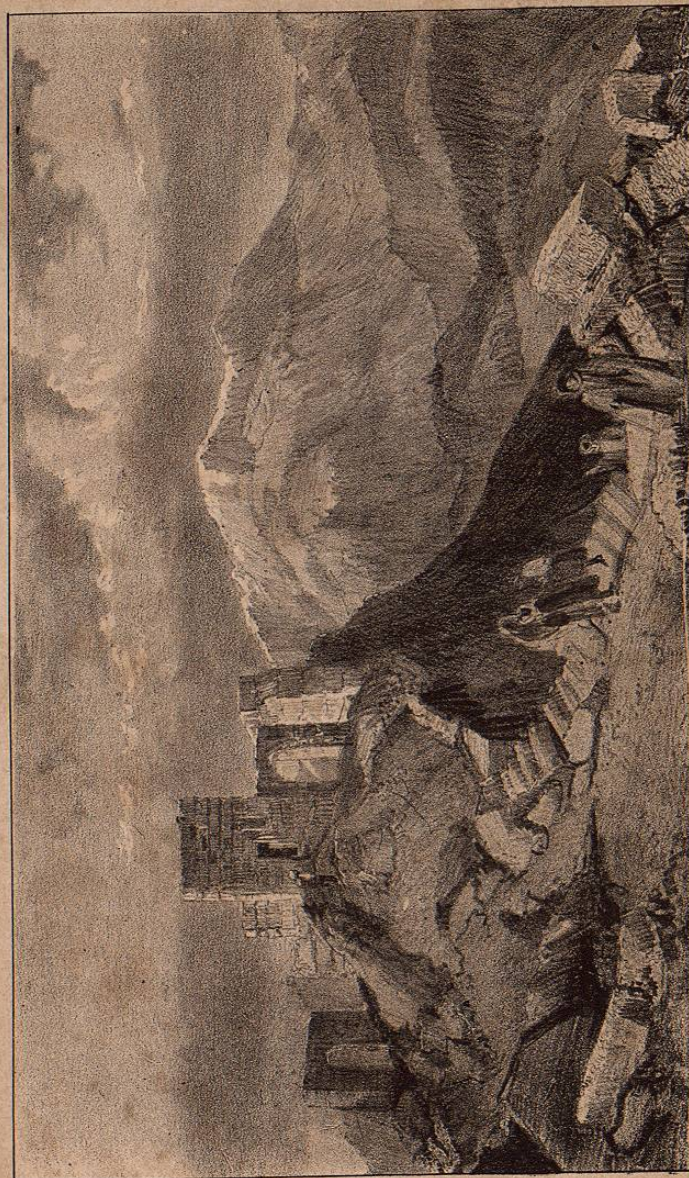
Estoy sobre aquel monte sagrado, donde „el Señor vino á Moisés en la oscuridad de una nube para que el pueblo lo oyera hablar, y lo creyera para siempre.”

Estoy sobre aquellas mismas rocas en que „desde el alba, comenzaron á oírse truenos y á relucir relámpagos y á cubrir el monte una nube muy densa: y el sonido de la bocina resonaba con mas vehemencia: y atemorizóse el pueblo que estaba en los reales.”

Estoy sobre aquel monte „que todo él humeaba porque habia descendido el Señor sobre él en medio del fuego, y donde, subia el humo como de un horno, y todo el monte estaba terrible.”

Estoy sobre aquel Sinaí, donde „el sonido de la bocina poco á poco crecia á mas, y se prolongaba á mayor distancia, mientras que Moisés hablaba, y Dios le respondia.”

Y sobrecogido de un terror religioso me puse de rodillas: pegué mis labios á la santa roca: quedé por largo rato prosternado adorando en silencio al Dios infinitamente misericordioso que por amor á Israel se habia dignado bajar al Sinaí desde la altura de los cielos para darle su ley, y despues de haberle dado humildemente las gracias por las continuas bendiciones con que su bondad habia acompañado mi peregrinacion, descubierta la cabeza, la mano puesta sobre mi corazón, y fijos los ojos en el cielo, pronuncié en alta voz estas palabras suyas: *Yo soy el Señor tu Dios, etc.*



Cumbre del Sinaí

Ningun sonido interrumpia mi voz que se dilatava al traves de las rocas de esta profunda soledad, y parecia que la naturaleza entera escuchaba en silencio los oráculos de su divino Autor.

En la cumbre del Sinaí se ven las ruinas de dos iglesias cristianas, de las que una se llamaba de la *Transfiguracion*: tambien está allí una mezquita construida por los turcos en honor del legislador de los hebreos, al que tienen tal veneracion, que llaman á la montaña *Gibel-Mousa*, esto es, montaña de Moysés. Pero de todos los objetos que presenta á los ojos admirados el aspecto del Sinaí, no hay otro que mas los pasme, que aquel de que habla el siguiente pasage del Exodo.

„¿En qué podremos conocer yo y tu pueblo haber hallado gracia en tu acatamiento, si no vienes con nosotros, para que seamos respetados de todos los pueblos que habitan en la tierra?”

„Respondió el Señor á Moysés: tambien haré lo que me acabas de pedir; porque has hallado gracia en mis ojos, y téngote conocido muy particularmente.”

„Díjole Moysés: Muéstrame tu gloria.”

„Respondió el Señor: Yo te mostraré á tí todo el bien, y pronunciaré el nombre *inefable* del Señor delante de tí. Yo usaré de misericordia con quien quisiere, y haré gracia á quien mas pluguiere.”

„En quanto á ver mi rostro, prosiguió el Señor, no lo puedes conseguir; porque no me verá hombre ninguno, sin morir.”

„Mas yo tengo aquí, añadió, un parage especial mio: Tú, pues, te estarás sobre aquella peña;”

„Y al tiempo de pasar mi gloria, te pondré en el resquicio de la peña, y te cubriré con mi mano derecha, hasta que yo haya pasado.”

Aun subsiste hoy esta abertura de la roca donde fué colocado Moisés, donde lo cubrió la mano del Señor hasta que hubo pasado su gloria; aun se la reconoce claramente despues de cuatro mil años de haber hablado de ella el escritor inspirado: no hay viagero que no pueda verla: la he visto con mis ojos y la he contemplado, y mi espíritu, de acuerdo con mi corazon rindiendo homenaje á la verdad de la Escritura santa, ha dado gracias al cielo por la felicidad de poder considerar de cerca lo que tantos otros no han visto. Las ruinas de las iglesias han levantado un poco los bordes de la *abertura*; pero muy fácilmente se las distingue de la roca granítica que es muy dura. Entré en ella y permanecí algun tiempo, y con un buen martillo, y á duras penas pude en media hora desprender algunos fragmentos.

Frente á frente del Sinaí está el Monte de Santa Catarina, cuya cumbre, mas elevada que todas las de esta cadena de montañas, se levanta 8452 piés sobre el nivel del mar Rojo. Allí está una roca en la cual dicen que se estampó el cuerpo de la Santa que allí estuvo depositada muchos siglos. Frecuentemente la visitan los peregrinos rusos y griegos, y aun algunas mugeres. Para ir allá hubiera yo tenido que sacrificar un dia. El mal estado de los caminos, peores que los que

habia pasado, el frio, el hielo, la nieve, el viento, todo contribuyó á desanimarme, y por eso no fui allá.

Pasé tres horas sobre el Sinaí; y como los apóstoles en el Tabor, Señor, decia yo, aquí estoy bien, y quisiera fijar aquí una tienda. Mi guia y mi religioso me advirtieron que ya era tiempo de volvernos, cuyo aviso me repitieron muchas veces, y entónces prosternado de nuevo prometí á Dios serle fiel, y le juré *no tener otros dioses delante de él*, y luego partimos. Cuatro horas gastamos en subir y tres en bajar, y volví al monasterio ménos fatigado de lo que yo temia.

A las ocho de la mañana del dia siguiente, bajé con el religioso encargado de acompañarme, quien me condujo al valle de Raphidim, al lugar llamado de la *tentacion*, para enseñarme la roca milagrosa de donde Moisés hiriéndola con su vara, hizo que brotara el agua.

„Habiendo, dice el Exodo, pues partido toda la multitud de los hijos de Israel del desierto de Sin, haciendo sus detenciones en los lugares señalados por el Señor, acamparon en Raphidim, donde no tuvo el pueblo agua que beber:

„El cual, levantando el grito contra Moisés, dijo: Danos agua para beber. Moisés le respondió: ¿Por qué os amotináis contra mí? ¿Cómo es que tentáis al Señor?

„Allí pues el pueblo, hallándose acosado de la sed y sin tener agua, murmuró contra Moisés diciendo: ¿Por qué nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed á nosotros, y nuestros hijos, y ganados?”

„Clamó entonces Moysés al Señor, y le dijo: ¿Qué haré yo con este pueblo? Falta ya poco para que me apedrée.”

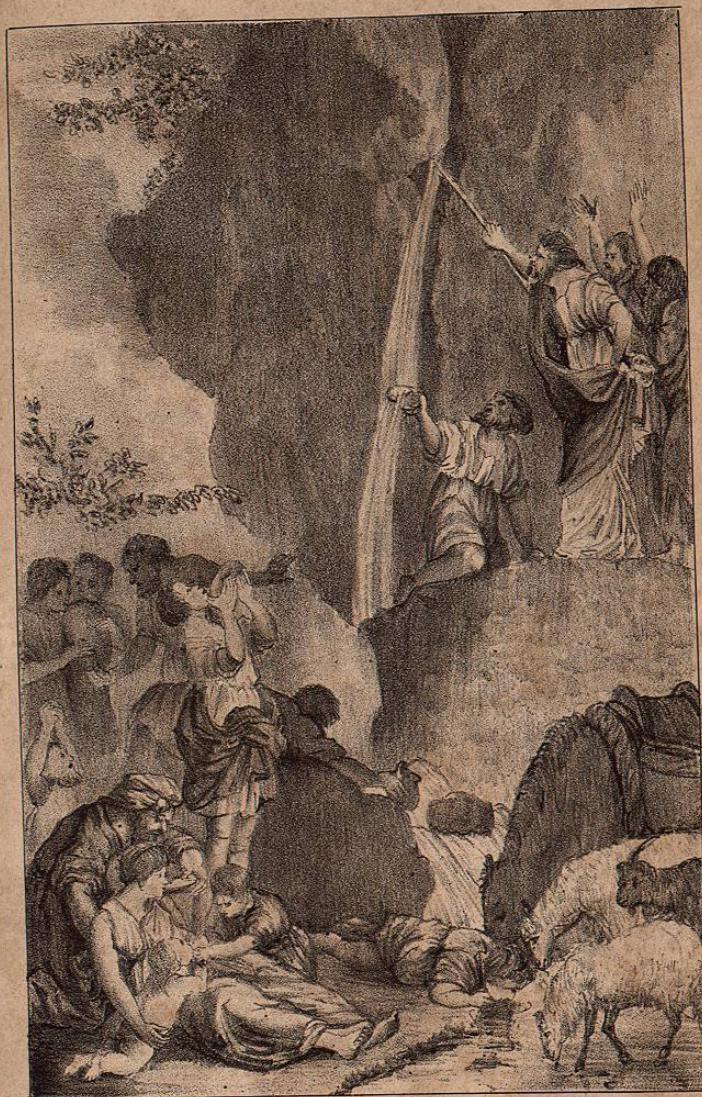
„Dijo el Señor á Moysés: Adelántate al pueblo, llevando contigo algunos de los Ancianos de Israel, y toma en tu mano la vara con que heriste el rio; y vete”

„Hasta la peña de Oreb, que yo estaré allí delante de tí: y herirás la peña, y brotará de ella agua para que beba el pueblo. Hizolo así Moysés en presencia de los Ancianos de Israel.”

„Y puso á este lugar el nombre de Tentacion, por el alboroto de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor, diciendo: ¿Está ó no está con nosotros el Señor?”

En el camino nos detuvimos en una roca, en la que mi guía me enseñó un agujero, que segun la tradicion, es el molde del becerro de oro que fundió Aron para los israelitas mientras que Moysés estaba sobre el Sinai. El padre Sicard que habia examinado de muy cerca este agujero, y midió sus proporciones, dice expresamente haber notado la figura, no de un becerro completo, pero sí, de la cabeza con ocico y cuernos, y aun hoy se encuentra alguna semejanza de esto; pero una grave observación, hace muy dudosa la especie, y es que el supuesto molde abierto en granito siendo de tres piés de diámetro y de tres de profundidad, era preciso suponer que todo el becerro habria tenido los tamaños colosales de un elefante, cosa difícil de concordar con el texto de la Biblia.

La roca de donde segun la tradicion hizo Moysés



Moysés hiere una peña. la que brota agua.

salir el agua, esa si tiene caracteres de verdad mas convincentes, porque no he visto en mi vida monumentos que como este prueben de un modo tan evidente los hechos de la antigüedad que recuerdan. Figurémonos un suelo árido, estéril, desnudo de toda clase de plantas, en cuyos alrededores no se halla una gota de agua; figurémonos, digo, un enorme peñasco de granito de trece á catorce piés de alto, de diez de ancho, y cuando ménos, de cincuenta de circunferencia, desgajado de la montaña, y caido en el valle, en medio de otros trozos considerables de rocas que los derrumbes que causan los años han precipitado allí.

Esta roca, dice un viagero, que la ha visitado, y cuyas opiniones filosóficas no permiten suponerlo adicto á la revelacion, esta roca deja ver en su superficie vertical un canal de unas diez pulgadas de ancho y tres y media de profundidad, átravesado por diez ó doce estrias ó zanjás de cosa de una pulgada de profundidad, formadas por el paso del agua por la parte mas blanda del peñasco que los monges y árabes llaman la *roca de Moysés*.

Esta descripción, como yo mismo lo observé, es enteramente axacta, y solo es falsa en las palabras *parte mas blanda*, porque el peñasco es al contrario tan duro en todas sus partes, que despues de golpes redoblados por una hora entera, apenas pudimos recoger pequenísimos fragmentos, y eso que nos valimos de un martillo muy fuerte de hierro, el que no pudo resistir y se amelló. Aun hay una cosa mas notable que no di-